

## Conferencia

# La crianza en la posmodernidad<sup>#</sup>

Dr. Norberto S. Baranchuk\*

Este aporte a la crianza en la posmodernidad abarca el período de crecimiento y desarrollo de niños y adolescentes y será referido en el sentido de instruir, educar y cuidar. Va más allá de la acepción de amamantar al lactante.

Las características propias de la crianza en la posmodernidad –cuando se ajustan a las prácticas de la época– son de una particularidad tal, que terceros observadores van del sobresalto y la perplejidad a la indiferencia y la ignorancia. Unos porque todo lo pasado fue mejor y porque los hábitos de crianza tienen una fuerte compulsión a repetirse y los otros, por una aceptación acrítica de las nuevas propuestas para la humanización de los bebés.

La forma de criar a los niños es un fenómeno cultural de cada comunidad en su tiempo, no está en la naturaleza de las cosas. Requiere de reflexión, análisis y evaluación para su entendimiento.

Las características sustanciales e instrumentales del accionar posmoderno, y su confrontación con el hacer moderno, aportan un marco de referencia para encuadrar “la crianza en la posmodernidad”. Esta manera de presentar los hechos se inspira en la modalidad propia de los estudios cualitativos de la ciencia empírica.

Vasilachis de Gialdino y de Anderson y Bury refieren que el empleo del método cualitativo permite aprehender la realidad social “pues permite reflejar lo que la gente cree, siente, dice y hace”, es decir “permite aprehender el mundo real de las personas”.

Al aplicar la metodología cualitativa en una investigación, el estudioso no debe ni necesita dejar de lado sus convicciones personales, las posturas teóricas y el lenguaje empírico.

Santiago Kovadloff (*La Nación*, 1998) decía: “El temperamento personal no dejará de ser nunca un ingrediente decisivo

en la orientación del saber. Y ello por más que vociferen los abanderados de la objetividad, empeñados en creer y hacer creer que el resultado de sus indagaciones es fruto austero de una razón impermeable a los vaivenes del corazón”.

La investigación cualitativa produce descubrimientos sin apelar a métodos estadísticos u otras maneras de cuantificación. Se refiere a investigaciones sobre la vida de las personas, su historia y sus conductas, sobre relaciones interpersonales, funcionamiento organizacional y movimientos sociales.

La postura metodológica de la investigación cualitativa es el examen directo del mundo empírico social, entendiendo que tal estudio permite al especialista satisfacer todos los requisitos básicos de la ciencia empírica:

- enfrentar un mundo susceptible de observación y análisis
- suscitar problemas con respecto al mismo
- reunir los datos necesarios a través de un examen detenido y disciplinado
- descubrir relaciones entre las respectivas categorías de datos
- formular proposiciones respecto de esas relaciones
- incorporar las mismas a un sistema teórico
- verificar problemas, datos, relaciones, proposiciones y teorías por medio de un nuevo examen (Vasilachis de Gialdino, 1992).

### Las características sustanciales e instrumentales de la modernidad y la posmodernidad

El discurso posmoderno se sitúa en una posición de hechos consumados, reconociendo el efecto devastador de la fragmentación y la incertidumbre sobre las ideas directrices de la modernidad: el progreso, la cohesión cultural, la mo-

# Conferencia dictada en las III<sup>as</sup> Jornadas Pediátricas del Hospital Vilela. Rosario, abril 2000.

\* Comités de Pediatría Social y Pediatría Ambulatoria, Sociedad Argentina de Pediatría.

dernización, las utopías. La posmodernidad proclama la diversidad, el individualismo estético y cultural, la multiplicidad de proyectos de vida y formas de expresión.

Por ello traemos al campo de la salud la posición posmoderna, como el aporte o punto de vista que permita comprender aspectos de la atención médica, en especial la situación de la crianza en su sentido más amplio (Baranchuk NS, 1996).

### **Aparearse en el 2000**

El proyecto de familia e hijos es, para los jóvenes, una apuesta al futuro.

La decisión de apareamiento –tomada en etapas del desarrollo personal que no son las más óptimas, desde el punto de vista de la evolución psicoemocional– requiere, para que no sea un ciego huir hacia adelante, pensar y repensar su accionar.

Reconocer la otredad en la pareja no es tarea fácil. En realidad sólo queremos que el otro descubra, en nosotros, la nuestra (López Gil M, 1993).

Habitualmente, encontramos en los jóvenes discursos diferentes sobre los nuevos tipos de familias a formar, que son mezcla de experiencia vivida, narrativa idealizada y modelo reparatorio de sus propios padres (sin que por ello se libren de la compulsión a la repetición).

*Un nuevo respeto por el otro hace que los consideremos con atención*

Tratan de concertar con la pareja, lo que señala la declinación del tan mentado imperativo moral que proponía universalizar los valores propios, sometiendo al otro/otra, pretendiendo imponer la propia identidad ética.

En la medida en que las libertades personales se han ampliado, la tolerancia por lo otro y los otros se ha expandido tanto en el territorio de lo público como de lo privado.

Las conquistas en materia de libertades tienen múltiples expresiones, abarcando el territorio del desarrollo psicosocial de los adolescentes y adultos jóvenes. Se hace necesario, por ello, promover una aceptación de sus criterios divergentes del de sus padres, familias o colectividad, para que estos discernimientos no sean interpretados como signo de anormalidad.

Aceptar grados de libertad del otro en el mundo de la vida cotidiana es preservar nuestra propia libertad (Arocena F, 1991).

Sin embargo, es necesario conocer los límites que demarca el campo de lo no tolerable (violencia, maltrato, alienación, etc.).

Todo esto, y mucho más, ha prolongado la edad de consolidación de las parejas. A los conflictos interpersonales se agregan los sociales, como son la urbanización, la dependencia económica, la prolongación de la adolescencia, etc.

Los modelos de familia son expresión de la sensibilidad y el pensar de cada época. Sus jóvenes representantes tienen derecho a defenderlos, pudiendo así identificarse con los conceptos del momento, lo que está bien lejos de cualquier pretendida idea de autonomía generacional.

La percepción que tienen los jóvenes de que el sistema de salud se ha desmejorado –entre otros beneficios públicos también deteriorados– y de que la medicalización amplió la hipocondría social no es poca cosa. De frente al futuro, un hoy azaroso, incierto e inseguro se les presenta.

Este sentimiento, inmerso en una crisis global, ha puesto en tela de juicio los valores sociales, políticos, económicos y culturales que funcionaban como parámetros normativos y direccionales.

Los futuros padres, posicionados en un presente vertiginoso, miran al pasado para saber con qué restos de la modernidad contar y construir su destino; y miran al futuro que está en su ser y en su entorno, preguntando a la posmodernidad *¿quo vadis?* (Baranchuk NS, 1997).

### **Los nuevos padres**

Los cambios que se dan en las familias y en las conductas de los padres con sus hijos están caracterizados por lazos frágiles en las parejas, aunque éstas son capaces de establecer relaciones estrechas con su descendencia.

En tiempos de crisis todo cambia; lo difícil es valorar si es para bien o es para mal. A las parejas jóvenes con niños pequeños se las ve liberadas del deber hacer, imperativo heredado de las generaciones precedentes.

A los padres noveles los guía un compro-

miso y un proyecto común, vigente en el hoy pero frágil en el mañana, que opera amorosamente con sus hijos, independiente de la duración de la pareja. Los padres separados que no cumplen con sus hijos –los padres abandonados– reciben la más fuerte recriminación moral de todas las épocas. Concretándose, en estos días, con la condena judicial en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y la posibilidad de su implantación en otros estados provinciales. Sin embargo, todavía los hay y su maldad tiene más prensa que los padres conscientes y responsables.

El tránsito epocal arrastra residuos del período anterior al presente. Por ello, es útil distinguir las características de la etapa del deber de la etapa del no deber que estamos viendo.

Antes se formaba a los hijos en la idea de la realización personal, que muchas veces escondía las frustraciones paternas. Las consignas de “labrarse un destino” o de “mi hijo el doctor” se concretaban de diferentes maneras, según el entorno cultural. También se los educaba para lograr una identidad familiar y social que asegurara la adscripción al modelo parental y a las costumbres grupales. Entre estos objetivos formativos estaba –de manera implícita o explícita, consciente u oculta– el quinto mandamiento “honrarás a tu padre”, que intentaba asegurar la solidaridad filial en el futuro.

La compulsión para hacer determinadas cosas en la educación y en la crianza y la conminación moral por no haber hecho lo debido daban aquella sujeción a las normas. Y si no las había, había que crearlas, ignorando el recurso del sentido común y de los sentimientos de los padres, como guía eficiente ante las necesidades y conductas singulares de cada bebé.

Esa normatividad reclamada por familias y médicos generaba rituales compartidos: los controles de salud en día y en hora fijos, las fechas de vacunación en tiempo y en espacio determinados, la introducción de nuevos alimentos y complementos vitamínicos según calendarios que pautaban la prescripción. La crítica –desde la posición posmoderna– apunta a la rigidez en las prescripciones, que tiñe de una formalidad superficial la relación y que, por identificación, se traduce a su vez en durezas y falta de elasticidad en el manejo del niño.

### La ética en la conducta con los hijos

Los padres de este nuevo siglo hacen consciente el valor de la ética, que aparece vigente en las nuevas generaciones de adultos jóvenes. La información mediática y los medios de comunicación alimentan permanentemente un estado reflexivo. Nos referimos a un pensar en los alcances de la bioética, en la educación ecológica, en el debate sobre el aborto, en la lucha contra la violencia familiar, en la prevención contra la droga, en la segregación espacial de los fumadores. Ya se ha dicho, “el siglo XXI será ético o no será”.

Por otro lado, están presentes la violencia, la marginalidad creciente, la delincuencia, el narcotráfico; residuos de una época que no pudo cumplir su proyecto original de progreso infinito, superación del hombre y control de la naturaleza.

En este pendular cotidiano, aparece una tercera ola ética –libre de las obligaciones impuestas por la divinidad y no sujeta al rigorismo laico y categórico del período moderno– que se asienta sobre la responsabilidad individual y familiar. Es un repliegue coincidente con el tránsito de lo público a lo privado que ocurre en el cuerpo social.

Los nuevos padres repudian el discurso del sacrificio y el deber austero, rebosan de amor por sus hijos que son su propia realización. Los educan para la felicidad y el individualismo, porque ésas serán las armas con que podrán alcanzar la calidad de vida en el siglo XXI. Ya no tienen vigencia en la etapa del no deber ni el baby-king (el niño rey) fruto de una ciega idolatría al niño (Escardó F, 1978) ni los malos padres a quienes siempre se les atribuían todas las culpas, cualquiera fuera la desviación en sus hijos. A los autoritarios les encanta cargar las tintas sobre la familia. Recordemos: “Padres ¿saben dónde están sus hijos?”. (Baranchuk NS, 1997).

Esta sociedad individualista con adultos que buscan la plenitud de vida, el placer de lo cotidiano y la realización profesional no renuncia a la alegría de tener hijos. Se los llama narcisistas y hedónicos para denostarlos, y lo son. Pero sin un justo reconocimiento de lo que esos términos significan, se olvida que la individualidad y el egoísmo estaban también presentes en épocas anteriores.

“Nada hay más escandaloso para la ética de este siglo que no querer a los hijos, no cuidarlos, no educarlos, aquí se detiene la carrera individualista narcisista” (Lipovetsky G, 1994). Esta reflexión bien merece nuestra cuota de confianza en los nuevos padres.

### Lactancia materna

Un valor sustentado por la posmodernidad, a rajatabla, es el pluralismo de ideas, ideologías e idiosincrasias. Cada uno debe hacer sus cosas como lo considera adecuado sin molestar ni dañar a los demás. La posmodernidad dice un *no* rotundo al pensamiento único, a la verdad revelada por algunos, a la imposición de formas de vida.

La promoción de la lactancia materna (LM) por grupos profesionales y de la comunidad tales como: la Subcomisión de Lactancia Materna de la Sociedad Argentina de Pediatría –la cual conmemora su 25º aniversario–, la Liga de Leche, Nuñu y otras, las cuales merecen el reconocimiento de la ciudadanía, del movimiento pediátrico y de los padres por los logros alcanzados:

- Por haber extendido el número de meses/niños que se alimentan a pecho asegurándoles una crianza sana, óptima y emotiva.
- Por haber generado una sensible economía en los presupuestos familiares, con especial repercusión en los hogares menos favorecidos.
- Por haber enfrentado con valentía y sin renunciamentos a la industria productora de sustitutos de la leche materna, con la exigencia del cumplimiento de un código que frena la propaganda y la penetración ideológica que intenta estimular el abandono precoz de la lactancia.

Sin embargo, tanta pasión puesta en la empresa, tanta argumentación reunida para fundamentar la acción, tanta voluntad necesaria para generar cambios de conducta en la comunidad pueden llegar a ser contraproducentes. Así como a los trabajadores intensivos se los tacha de *workaholic*, a los posmodernos de hedónicos narcisistas, a los miembros de los grupos promotores de la LM se los trata de fundamentalistas. Algo de razón tienen.

“Lactancia Materna Hoy” (diciembre 1999) en su artículo sobre ‘Amamantamiento por señales’ (citando a L. Mirasco, 1999) cae –con la mejor de las intenciones– en fundamentar lo muy negativo que resulta no responder al bebé con una tetada al primer movimiento o al darse vuelta en la cuna, evitando que la requiera con un berrido.

Son múltiples las razones –razonables– que pueden impedir, por parte de las madres, la alimentación de bebés a demanda. Por lo cual, los promotores de la LM deben evitar un discurso que señale *una única manera de hacer las cosas bien* –para esta circunstancia amamantar a demanda–, creando culpas a la mujer que desea alimentar a su hijo al pecho.

Kremenchusky, en “Medicina 2000” (Almagesto, 2000) es más contundente; reclama desmasificar las indicaciones yacompararse con las necesidades y posibilidades de las madres que lactan. Dice:

“Atención a la alimentación al pecho: cómo está la mamá, el dolor, el temor, cómo se prende el bebé, que el pezón, que la aureola, que las grietas, que la abuela, que la tía o la puericultora dijo tal cosa y nosotros viendo lo que pasa y tratando de comprender –‘hay que entender un poco para poder sobrevivir’ (Gambaro G, 1995)– y orientar por el mejor camino, calmando ansiedades, sin ser inflexibles, teniendo claro que lo mejor es la lactancia natural. Pero hay madres que no pueden o no quieren continuar con el esfuerzo que les demanda. En ocasiones no alcanza la leche. ¡Cuidado con aquellas criaturas que parecen estar bien! No lloran, igual bajan de peso, pierden masa magra, pueden deshidratarse y hasta ponerse hipoglucémicos. En estos casos puede ser riesgoso no indicar un complemento por actitudes principistas. Nadie pone en duda la necesidad de estimular la lactancia, pero es importante la evaluación y el seguimiento individual sin colocarse en posiciones extremas. Podemos encontrarnos con padres que no pueden decodificar el llanto, con bebés que alteran los horarios y no se les encuentra la vuelta, debiendo ordenar el berenjenal, con paciencia, con escucha, contemplando cada necesidad individual”.

Los padres y madres de hoy están de-

trás de una cosmovisión que les permita comprender y vivir en este mundo complejo, pluralista e incierto. Pretenden (y con derecho) entender los fundamentos de cada indicación recibida para la crianza, sin abandonar sus convicciones y el por qué tuvieron hijos.

### Desarrollo y crianza

El control del desarrollo nos provee de un indicador comprensivo de la calidad de vida pasada, presente y futura del niño evaluado y promueve acciones para la recuperación en los casos en que se detectan deficiencias psicomotrices.

Las doctrinas sobre la causalidad y factores responsables de los retardos madurativos han cambiado a lo largo del tiempo al amparo de las transformaciones epocales.

El concepto de quién es el garante de la salud de las personas, que tendría que hacerse cargo de reparar los retardos madurativos, también cambió con los tiempos.

Hasta la Segunda Guerra Mundial, las intervenciones del Estado apuntaban a preservar la fuerza de trabajo y su reproducción y la potencia física nacional para la defensa. O sea que la buena salud de los individuos era para el Estado. En la década del 40 se consolidó la idea del "derecho a la salud", cuando en Inglaterra se concreta el plan Beveridge y el Estado se hace cargo de la salud de sus miembros. Surge entonces un nuevo paradigma y se invierten los términos: es el Estado el que asegura buena salud para los individuos (Foucault M, 1992).

El paso de lo público a lo privado, de la solidaridad comunitaria a la responsabilidad individual –acordes con la ideología económica prevalente en los tiempos que corren– pone a las personas en la obligación de velar por su salud y la de sus hijos, de prevenir y curar la enfermedad, quedando a su cargo el costo que demanden. Serio golpe a la solidaridad.

El derrumbe del Estado de Bienestar es evidente, son claras las razones que lo determinaron. Y de nada sirve que no nos guste la situación, porque el reloj de los hechos nunca va hacia atrás.

Ninguna sociedad civilizada puede dejar a la infancia sin protección. Mejor dicho ninguna debe... No es de hoy el buscar

dónde está la falla o el defecto que altera la maduración infantil.

Las distintas teorías del desarrollo (Lejarraga H, 1998) responden de alguna manera al pensamiento de cada época y se han ido ajustando hasta aparearse con las vigentes en la actualidad. Podemos citar:

- El *razonamiento biologicista*, con fuerte regulación genética que pone las tintas en los factores endógenos del comportamiento.
- Los *conductistas* privilegiaron los factores exógenos provenientes del medio ambiente, como el vínculo y la estimulación.
- La *situación económica* de la familia, que determina la calidad de los estímulos maternos y familiares.
- En opinión contraria, el estudio sobre "Desarrollo mental y motor en los primeros años de vida: su relación con la estimulación ambiental y el nivel socioeconómico" (Torralva T, 1999), realizado en Ushuaia, Tierra del Fuego, Argentina dice: "El grado de desarrollo alcanzado por un niño es explicado principalmente por la capacidad de estimulación familiar más que por el nivel social. O sea, más que las posibilidades materiales de cada familia, son el estilo de crianza, el afecto que se les brinda y las oportunidades de estimulación que se les provee lo que más influye sobre el desarrollo de los niños".
- La "*resiliencia*", como factor que dota de capacidad intrínseca de resistencia y superación a las condiciones adversas para el crecimiento y maduración. Retorna al raciocinio de lo constitucional, pero puede fortalecerse a través de intervenciones oportunas (Munist M, 1998).
- La última vuelta de tuerca, para acercar una explicación a la tendencia actual de poner la causalidad en lo individual –y por ende devaluar los factores sociales– la ofrece la posición transaccional. El niño es visto como un contribuyente al desajuste en la interacción bidireccional con la madre y la familia por alguna de sus características propias: irritable, apático, mirar huidizo, hipertónico, etc. El modelo descripto no excluye la posibilidad de que las particularidades de estos niños sea consecuencia y no causa del

retardo de crecimiento y desarrollo. (Breitman F, 1999).

En fin, la culpa puede ser que la tenga el bebé.

Si el centro del ejercicio de la pediatría es el crecimiento y desarrollo, imposible dejar de adscribirse a alguna de las interpretaciones señaladas, las que presentan características cíclicas en su enunciación. La serpiente se muerde la cola. Las ideas pasan por la misma coordenada pero nunca por el mismo lugar.

### El valor de la solidaridad

La dependencia entre los hombres que hace que no puedan ser felices unos, si otros miembros de la comunidad no pueden alcanzar una calidad de vida con desarrollo sostenido, se ha devaluado. El sentimiento que impelía a las personas a prestarse ayuda parece fuera de moda. Ambas circunstancias acontecen al abrigo de las corrientes del pensamiento contemporáneo –en una de las líneas de la posmodernidad (Bell D, 1986)–, regidas por la corriente económica dominante que enfrenta al solidarismo.

No nos engañemos: las cosas son como son y no como queremos que sean. Remontar la cuesta no quiere decir transitar la misma senda por la que bajamos. Entre los escombros de los valores depreciados podremos encontrar el camino de su revalorización.

### BIBLIOGRAFÍA

- Arocena F. La modernidad y su desencanto. Montevideo: Viten, 1991.
- Baranchuk NS. Salud y posmodernidad. Buenos Aires: Almagesto, 1996.
- Baranchuk NS. Nacer, crecer y morir en la crisis. Buenos Aires: Almagesto, 1997.
- Bell D. El advenimiento de la sociedad post-industrial. Madrid: Alianza Universal; 1986.
- Breitman F, Fano V, Escobal N. Programa de atención interdisciplinaria de lactantes con retardo de crecimiento no orgánico. Arch.argent.pediatr 1999; 97(6):365-77.
- Escardó F. Anatomía de la familia. Buenos Aires: El Ateneo, 1978.
- Foucault M. La vida de los hombres infames. Montevideo: Altamira, 1992.
- Gambaro G. Es necesario entender un poco. Teatro Gral. San Martín. Buenos Aires, 1995.
- Kremenchusky R. Medicina 2000 (En prensa). Buenos Aires: Almagesto, 2000.
- Sap/Unicef/Sogiba/Ops-Oms. Lactancia materna hoy 1999; 2:10-11.
- Lejarraga H. Desarrollo psicomotor del niño. Hoy y mañana. Salud y calidad de vida de la niñez argentina. Buenos Aires: Cesni, 1998.
- Lipovetsky G. El crepúsculo del deber. Barcelona: Anagrama, 1994.
- López Gil M. Obsesiones filosóficas de fin de siglo. Buenos Aires: Biblos, 1993.
- Mirasco L. Lactancia materna hoy 1999; 6(2):10-11.
- Munist M, Santos H, Suarez Ojeda EN. Manual de identificación y promoción de la resiliencia en niños y adolescentes. OPS-ASDI: Washington, 1998.
- Torralva T, Cugnasco I, Manso M. Desarrollo mental y motor en los primeros años de vida: su relación con la estimulación ambiental y el nivel socioeconómico. Arch.argent.pediatr 1999; 97(5): 306-16.
- Vasilachis de Gialdino L. Métodos cualitativos. Los problemas técnico-epistemológicos. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina; 1992.

*Los adultos quieren comprender a los niños y dominarlos:  
deberían escucharlos. Uno pequeño, el otro grande, pero de igual valor.*

FRANCOISE DOLTO